

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Ecos de Melpómene, por don J. M. Marin.
—El génio y la riqueza, poesía, por don José Castroverde.—Un Idolo, por Augusto Jerez Perchet.—
—La ingratitude, soneto, por don Antonio Alcalde Valladares.—Tres flores, por don José F. Sanmartin y Aguirre.—Actualidades, por don M. J. Ruiz.—Miscelánea.—Charadas.—Correspondencia

ECOS DE MELPÓMENE.

MINIATURAS HISTÓRICAS

POR J. M. MARIN.

(Continuacion.)

DUODÉCIMO ASUNTO.

Antójasenos denominarlo *Las avispas de oro*.

Próximas á dar estaban las doce de la noche del 15 de Marzo de 1792.

Los salones del palacio real de Stokolmo, donde en aquellos momentos la corte de Suecia celebraba un gran baile de máscaras, resplandecian henchidos de iluminacion y de armonía.

Grupos compactos de arrogantes damas envueltas en seda y diamantes, mezclábanse con otros de cortesanos, grandes, magistrados y altos oficiales.

Confundiéndose al par con ellos, vagaban por do quier, comparsas de máscaras, luciendo en sus disfraces todos los caprichos de la fantasía y todos los matices y gradaciones del color.

El resplandor de mil arañas y bujías olorosas, chispeando en las ondulaciones el raso y el terciopelo y en montones

de pedrería, derramaba una bruma plateada sobre la apiñada concurrencia, océano agitado cuya superficie presentaba, fusion de todos los reflejos, una tinta lánguida y fantástica de color de lila.

Un soberbio reloj, aleman, colocado en un ángulo, dejó caer su martillo doce golpes lentos y acompasados.

Al extinguirse el eco del último, en cada una de las dos opuestas puertas del salon principal, aparecieron unos nuevos personajes.

Eran tres.

Dos presentáronse en una.

En la del frente, otro.

Este último, era un enmascarado, alto, de elegante aspecto, y su disfraz consistía en un lujoso *dominó de terciopelo negro salpicado de avispas de oro*.

Contempló un instante á la concurrencia y adelantó por medio de ella.

Los otros dos recién llegados eran, el uno, un noble de aspecto sombrío aunque jóven, y el otro, su compañero, se hacía notar por un aire militar, muy marcado y por la mirada torva de sus ojos negros y amenazadores.

Este, además, llevaba desde que apareció en el salon ambas manos metidas dentro de un manguito de pieles.

Al mismo tiempo que iba andando le dijo con voz ténue á su compañero:

—¿Le encontraremos, Felipe?

—Sí; yo conozco su disfraz.

—¿Y si nos equivocamos?

—Imposible; pero para mas seguridad convengamos en una señal...

—Cuál?

—Aquel á quien yo salude de este modo...

Una turba bulliciosa de máscaras los rodeó en aquel momento, y el que hablaba concluyó su frase al oído de su compañero.

Luego en voz alta añadió:

—Ese será!

Siguieron andando.

Como estos dos hombres y el del dominó de terciopelo caminaban en sentido contrario á sus puntos de partida, poco tardaron en encontrarse.

Cuando esto sucedió, *el máscara del dominó de las avispas de oro*, venia ya acompañado de algunas personas con quienes conversaba alegremente.

A su lado y cogida de su brazo, marchaba una airosa enmascarada, luciendo con gallardo ademan el provocativo traje de las *aldeanas tirolesas*.

Detenidos, por un aglomeramiento de la multitud, unos enfrente de otros, y aprovechando un intervalo de silencio, el jóven que acompañaba al *del manguito*, dijo con voz sonora dirigiéndose al hombre del dominó:

—¡Buenas noches, hermoso máscara!

Esta frase (rigorosamente histórica) era la señal convenida.

Rápido como el relámpago y mortal como el rayo, el que estaba á su lado sacó del manguito su diestra, armada de una pistola é hizo fuego á quema ropa sobre el pecho, del hombre del dominó....!

El enmascarado cayó á tierra y los asesinos huyeron puñal en mano...

La sorpresa y la consternacion se extendieron por el régio sarao.

Al ir á prestarle el posible auxilio á la víctima de aquel atentado, quitósele el antifaz y entonces pudo verse con general indignacion que el *dominó de las avispas de oro* no cubria ya mas que los restos mortales del rey Gustavo III de Suecia.

Los asesinos fueron presos algunas horas mas tarde.

El que dió la señal, era el *Conde de Horn*.

El que hizo el disparo se llamaba el caballero J. Ankarstroem.

Ambos pertenecian á una conjuracion de nobles enemigos del rey.

Veinte dias despues el verdugo real cortaba á Ankarstroem, en público cadalso, la *mano derecha* y luego la cabeza.

El rejicida tenia treinta y un años.

De este mismo argumento se formó el libreto de la célebre ópera un *Ballo in Maschera*; mas á poco por una exagerada deferencia á algunas familias reinantes, resolvieron sus autores modificarlo suponiendo la accion en América y sustituyendo un simple gobernador al monarca sueco.

¡Trabajo á nuestro modo de ver, completamente inútil y ridículo!

No se enmordaza á la historia.

DÉCIMO TERCIO ASUNTO.

Un dia del año de 165... salia por una puerta reservada á los actores del Teatro francés, un hombre de edad madura rebozado en las vueltas de una capa vieja y descolorida.

Salía despues de haber dirigido el ensayo de *El Cid*.

Solo cabizbajo, y con paso lento, empezó á cruzar por una madeja de revueltas y sombrías callejuelas del barrio Latino.

En una de ellas, y en un portal, sentado delante de su mesilla de trabajo, estaba un viejo zapatero.

Paróse delante del artesano el desconocido y le dijo con acento triste y mesurado:

—Dios le guarde.

—Y á vos, tambien, *maese Pedro*, contestóle el obrero llevando la mano con cierto respeto el gorro gris que cubria su calva; ¿en qué se le puede servir?

—En lo mismo que otras veces, si gustais; en convencer con la elocuencia

de vuestras leznas á este zapato de que no debe abandonarme tan pronto.

Y el de la capa le mostraba, al decir las anteriores palabras pronunciadas con cierto amargo sarcasmo, su pié derecho calzado con un zapato roto.

El viejo menestral se lo quitó descalzándolo y le alargó una banqueta mientras se lo componía.

Concluido el trabajo el desconocido sacó un escuálido bolsillo y á duras penas pudo reunir algunas piezas de cobre que entregó al zapatero, diciéndole:

—Gracias, maestro.

—Id con Dios.

Marchóse el incógnito.

A aquel hombre el gran rey Luis XIV le llamaba *mi querido poeta*.

Pero... nada mas.

Por eso hemos asistido á una de sus tragedias íntimas.

¿Hay mayor concepcion trágica que ver al génio obligado á sucumbir á la miseria?

El hombre del zapato roto fué la gloria de su época.

Era *Pedro Corneille*.

(Se continuará.)

EL GÉNIO Y LA RIQUEZA.

A MI QUERIDO AMIGO

VICTOR CABALLERO Y VALERO,

POETA GADITANO.

Era una tarde de estío

En que el ígneo sol doraba

Las galas del bosque umbrío,

Y de rojo matizaba

Las ondas de un claro río.

Cabe su márgen riente

Reposa un triste viajero,

En su vestir indigente,

Mas de rostro altivo y fiero,

De noble y erguida frente.

Osténtala coronada

De frescos verdes laureles,

Y su cabeza así ornada,

Aunque exenta de oropeles,

Despide una luz sagrada.

Luz, que en vano la afanosa

Riqueza en su nécio orgullo

No remeda, aunque lo osa,

Cual no fabrica el capullo

Con las hojas de la rosa.

Y solo allí el caminante

Fatigado y sudoroso,

Un ¡ay! lanzando, anhelante

La vista alzó al ardoroso

Astro del dia brillante.

—Por qué tus fulgentes rayos,

Clamó con voz lastimera,

Me causan tales desmayos?

¿Por qué ya que suerte fiera

Negóme, coches, lacayos,

Gran boato, trajes bellos,

Oro, en fin, para gozar;

Por qué tus puros destellos,

Claro sol, al irradiar

Has de abrasarme con ellos?

Por qué la brisa suave

No refresca mi cabeza,

Y ni aun percibo del ave,

En la sombría maleza,

El cantar alegre ó grave?

Y un lastimero gemido

Al aire incensible dando

Quedóse cual si dormido,

Mas de angustia jadeando

Su corazón dolorido.

En tan penoso sopor

Largas horas trascurrieron,

Y treguas dando al dolor

Abrió sus ojos y vieron

Con sin igual estupor

En aquel lugar desierto,

Y de abrojos tapizado,

Dó antes vió páramo yerto,

Ora un palacio encantado,

De opulencia indicio cierto.

Y en su pórtico imponente

Con severa magestad,

Soberbio el dueño insolente

No con voces de piedad,

Si no airado é inclemente

Clamar:—Mendigo, decid,

¿Qué buscáis en tal mansion?

Vuestro nombre descubrid,

O al punto, sin dilacion,

De aqueste lugar partid.

—Soy el *Génio*, por dó quier

Me arrojan coronas miles,

Y con aplauso y placer

Las flores de los pensiles

A mis piés miro caer.

Gloria que juzga mezquina

El mundo insensato y loco;

Siendo emanacion divina

Me desprecia y tiene en poco

A mí, inagotable mina.

—A fé que risa me dàs

Con tus quiméricos goces;

Génio, tú que triste vás

Con tus harapos, à voces

Diciendo que loco estás:

El *Génio*, el saber, la ciencia

Es, no lo dudes, el oro;
Es la suma suficiencia,
Es el dios à quien adoro,
Que presta sábia experiencia.

Pero ese vano saber
Muere, cuando muere el hombre.
—¿Qué importa al dejar de ser?...
Para con su ilustre nombre
A su patria enaltecer.

—¡Ser mezquino!
—No cual vos.

—¡Miserable! te desprecio
—Poco me cuido ¡por Dios!
De los insultos de un necio;
Distamos mucho los dos.

Vos poseeis carruajes,
Habitaís un gran palacio;
Yo.... visto míseros trajes,
Y es mi techo el ancho espacio,
Mis gasas, blancos celages;

Mas tranquilo el corazon
Libre de pavura late:
Toda la tierra es mansion
Del que, cual yo, no combate
Con la ruin ambicion.

Tendió la noche su enlutado manto
Y en la tierra las sombras esparció,
Densas nubes el cielo ennegrecieron
Y el huracan airado rebramó.

Del fragoroso trueno al estampido
Y al compás del horrisono aquillon
Las linfas claras del sereno rio
De su cáuce salieron con fragor.

Y de aquel edificio suntuoso,
Del pintoresco valle y su señor,
De prados, montes y arboleda umbrosa
Ni una señal misérrima quedó.

Solo sobre las aguas espumosas
Luciendo su ufania y su verdor
Del Génio la corona inmarcesible
Cual perenal recuerdo se salvó.

José Castroverde.

Puerto de Sta. María.

UN ÍDOLO.

Á SALVADOR.

¿Has leído el Fausto de Goethe? ¿Conoces su admirable creacion, la hermosa Margarita? Es un tipo ideal, adornado de ese misticismo que envuelve á las mugeres del Norte. Blanca, rubia, como una vírgen de Rafael, su mirada revela el infinito de la pureza; su sonrisa un paraiso de amor. Dos trenzas de suaves

cabellos caen sobre su pecho, y acaso tiemblan con movimientos precisos á los latidos de aquel pecho que respira blandamente.

La inocencia no puede tener retrato mas perfecto que el de Margarita. El amor del alma no puede soñar nada que le iguale.

He visto en Madrid, en el Museo de pinturas, un hermoso cuadro que representa á *Andrómaca libertada*. La prisionera es rubia como la amada de Fausto, y como ella sonrie deliciosamente. Pero, ¡cuántas promesas en su sonrisa! ¡Qué de suspiros parece que han de exhalarse de sus lábios rojos! Suspiros de pasion... ¿Quién sabe?...

Enlaza ambas bellezas, Margarita y Andrómaca, y el todo será un modelo de perfecciones.

¿Crées que en el mundo real existan esos tipos? Sin duda. Yo los he visto y los he admirado; mas al rendirles culto conocí que eran ídolos de barro y temiéndolo profanar el santuario donde reinaban arrojé de él las impuras efigies.

Aborrezco la escultura porque la encuentro *fria*. Una magnífica estatua nada me dice. Si un instante me impresiono llevo mi mano á su pecho y la ilusion desaparece. Todo el pecho helado y ningun latido viene á estremecer mi corazon. La estatua no tiene alma. Mi sistema es infalible para curar las impresiones.

Ella (permite que oculte su nombre) era un precioso tipo. Un dia pasé largo tiempo estudiando su retrato y á medida que lo miraba encontraba nuevos encantos en sus facciones.

El perfil era de correccion griega. La mirada inteligente y al mismo tiempo desdeñosa. La frente revelaba un espíritu poco dado á la reflexion, y el semblante todo tenia el sello de impresionable...

Tú recuerdas aquella niña caprichosa y de hermosura sin igual que tantos adoradores contaba y por quien tantas

veces corrí leguas y leguas sin pensar en la fatiga de mi caballo, con el solo placer de verla un momento asomada á su balcon. Pues bien, algo de su hermosura tiene *ella*.

Una noche la encontré en el teatro, y sus gemelos me dieron á conocer que su belleza es un sueño. Ella es un *ídolo*: mas claro; una estatua sin alma. Ojos que miran; lábios que hablan; hé aquí todo...

Yo la miré; primero con estrañeza, despues con sonrisa. Ciertas revelaciones no causan pena ni agrado. Yo no podia aborrecerla, porque desconozco el aborrecimiento. En cambio la compadecí.

Ignoro si adivinó lo que significaba mi sonrisa, pero era fácil comprenderlo.

«Pobre niña, queria decirle; crées que nada arriesgas en ese juego de miradas que juzgas inocente? Los que hoy te contemplan extasiados porque te ven bella, no pueden amarte porque te ven ligera y frívola. Lo gracioso y lo bello *agrada* únicamente á los ojos. Lo que siempre *satisface* al alma es lo bueno y lo juicioso. Dios te puso en mi camino y si admiré tu hermosura no pude amar tu belleza. La hermosura del ídolo nada sirve comparada á la belleza del alma. Renuncio á tu amor sin pena y sin trabajo y bendigo á la Providencia que me hace ver á tiempo mi error. Mi pensamiento vuelve á la dulce tranquilidad de mis sueños de niño.»

Adios, amigo Salvador. Te he contado un fragmento de una aventura. Tú sabes que soy aficionado á ella, y sinó dígalo aquel viaje que hice de ciento treinta leguas solo por el placer de una aventura.

Augusto Jerez Perchet.

LA INGRATITUD.

SONETO.

Alegre el alma, celestial hoguera
Siente en el pecho que el amor enciende,
Se ensancha el corazon, la fé se estiende

Y nunca el mal sobre su bien impera.
Nubes de rosa la azulada esfera
Ante sus ojos fulgorosa tiende
Y cuanto el mundo en su estension comprende
Duerme y halaga su ilusion primera.
Mas al cabo esas plácidas auroras
Se nublan en el cielo de la vida
Al eco de tormentas rugidoras,
Cuando por siempre la quietud perdida
Viene del alma á acibarar las horas
La ingratitud de la muger querida.

A. Alcalde Valladares.

Diciembre de 1867.

TRES FLORES.

DEDICADA

Á LA SRTA. DOÑA TOMASA SANTAMARÍA.

Las flores que tú sembraste,
Sembrastes en mi ventana,
Crecieron, niña, muy bellas,
Crecieron, niña, lozanas,
Crecieron, como crecia
En mi pecho la esperanza,
Cual crecen las ilusiones,
Cual crecen las ledas auras,
Como crece la tormenta
Despues de apacible calma.
Pues diz que las distes vida
Al calor de tu mirada.

Hoy, tras de tu larga ausencia,
Están tristes, solitarias;
Sin colores, sin matices,
Se hallan, niña, marchitadas.
Marchitas, cual mi esperanza,
Cual mis sueños de ventura,
Cual mis sueños de bonanza,
Pues perdieron en tu ausencia
Sus corolas y sus galas,
Sus perfumes, sus colores,
La vida que tú les dabas...
Pues diz que se marchitaron
Al contacto de mis lágrimas!

Vuelve á mí, cándida niña;
Cese una ausencia tan larga,
Alúmbrame con tus ojos,
Devuelve al pecho la calma,
Deja que el ámbar aspire
De tu boca sonrosada.
Ven á mí, luz de mi vida,
Devuélveme la esperanza,
Tórname mis ilusiones
Por tanto tiempo floridas!
Ven á mí, ven, vida mia,

Encanto de mi mirada,
Y haz renazcan en mi pecho
Las bellas flores del alma!

José F. Sanmartín y Aguirre.
Valencia.—1867.

ACTUALIDADES.

La escena tiene lugar de balcon á balcon.

—Buenos días, doña Telesfora.

—Dios se los dé muy felices, señora Vicenta.

—¿Por qué sale usted tan temprano al balcon con el frio que se siente? ¡Usted tan delicada y acostumbrada á estar siempre entre cristales...! Y ahora que reparo, tiene usted el rostro alterado y encendido como una amapola. A usted debe haberle sucedido algo, y algo grave.

—Hija mia, no hemos venido al mundo sino para pasar sofocaciones.

—Esplíquese usted, vecina.

—Suponga usted que el barbero de mi hijo, que sabe mas que la *Gaceta*, nos acaba de contar una cosa horrorosa, sí, señora, horrorosísima....

—Hable usted, señora Vicenta, hable usted, que me tiene con mas ansiedad que esperanzas un cesante.

—¡Ay, no me hable usted de eso, vecina! Hace once años que mi marido está esperando á los suyos, y los suyos no vuelven.

—Hay muchas vueltas como la de *Mambrú*.... Pero, veamos qué sabe usted.

—Los nervios se me descomponen cuando pienso en ello. Pues ha de saber usted, doña Telesfora, que segun me ha dicho el barbero de mi hijo hay en esta ciudad algunos *logreros* que tienen encerradas en sus almacenes mas de quince ó veinte mil fanegas de trigo...

—¡Qué atrocidad, señora, qué atrocidad!

—Pero lo que indigna es que no quieren ponerlas á la venta hasta que no valga doscientos reales cada una.

—¡Qué pícaros! ¡qué judíos!

—Y no es eso lo mas malo, sino que por segunda mano compran la mayor parte del trigo que viene de fuera para abastecer el mercado y lo encierran bajo siete llaves.

—Y así se dice que hay poco trigo.

—Y que es preciso encarecerlo.

—Y así se improvisan fortunas.

—Y se aumenta la miseria.

—Y los pobres se mueren de hambre....

—Calle usted, señora, calle usted, que eso es horroroso.... ¡Qué lástima que no hubiera *Inquisicion*!

—¡Y luego se habla del amor al prójimo!

—¡Sí!... Al prójimo contra una esquina... Ya vé usted que esto es motivo mas que suficiente para sofocarse, porque siguiendo así nos pondrán el trigo á ocho ó diez duros la fanega y el pan á seis ú ocho reales.

—¡Qué falta de caridad!

—¡Qué heregía!

—¡Esto es atroz!

—Pero algunos hacen su *negocio*!

—Ese es el *busilis*, vecina; ¡el *negocio*!

* *

En la calle.

—Chico, vente al teatro, donde esta noche se pone en escena el drama *Don Juan Tenorio*. Verás qué bien está la Vicenta en el papel de doña Inés.

—No lo dudo; pero mejor estará en mi estómago la *copa* que *regalan* en el Café cantante.

—Es que el arte...

—Bah! el arte... Chico, yo estoy por lo *positivo*. Si Leon diera *copas* iría á escuchar esta noche los armoniosos versos de Zorrilla.

¡Baco ha derrotado á Talía!

* *

Estamos junto á una reja. De celosías adentro está una *ella*; de celosías afuera se halla un *él*.

El.—Como vayas á la Victoria con el

traje corto, dá por *tronadas* nuestras relaciones.

Ella.—¿No te gusto con el traje corto? ¡Pues si estoy tan elegante con él! ¿No quieres que luzca las botitas que me regalaste?... Verás cómo me miran todos los pollos....

El.—¡Yal! Con que tú quieres exhibirte?

Ella.—Calla, tonto... Pues si es con el objeto de que vean que tienes una novia muy elegante.

El.—Pues no quiero que salgas con ese traje...

Ella.—Pues saldré.

El.—Adios!

Ella.—Adios para siempre!

¡Amor vencido por la *Modal*!

—Papá, yo quiero una zambomba, y una pandera... ¡Jil jil jil!

—Cállate, demonio! Zambombas y panderas cuando está el pan á diez y ocho y la paga atrasada...

—Y un nacimiento, y una caja para aguinaldos...

—Y cien legiones de demonios que te lleven, hijo de Barrabás!

—Yo quiero tambien turrón, y batatas, y nueces... ¡Jil jil jil!

—¡Y aun hay estúpidos que niegan todavía la eficacia del suicidio! Bien se conoce que los que tal hacen no están casados....

—Dentro de pocos dias voy á ser *feliz*!

Hé aquí lo que en estos dias se dicen á sí propios todos los que han *metido* en la lotería mónstruo del día 23 del actual y sueñan con el premio de 600.000 escudos.

¡Horrible desengaño!

Yo creía que la *felicidad* consistía en estar cada cual satisfecho con la suerte, próspera ó adversa, que Dios le hubiere deparado.

Pero esa exclamacion general me prueba que no se concibe la *felicidad* sin las riquezas.

Entonces ¡qué pocos deben considerarse felices!

¡Cuántas ilusiones hoy! ¡Cuántos desengaños el dia 23!

El *trabajo*! Hé ahí la gran felicidad, la gran lotería, la rica mina que debemos explotar.

El hombre que trabaja y sabe conformarse con su suerte, ese es el verdaderamente *rico* y *feliz*.

M. J. Ruiz.

MISCELÁNEA.

Hemos tenido el gusto de saludar en esta capital á nuestro muy querido amigo y colaborador don Antonio Alcalde Valladares, actual secretario del gobierno civil de Guadalajara, con cuyas lindísimas poesías hemos favorecido algunos números de EL TESORO.

Clarita, Clarita, Clara,—¿quién á charlar te metió—y á desollar á tu prójimo—sin tenerle compasion,—y á decir que por la noche—que si tornó... si volvió?

Clarita, Clarita, Clara,—ten silencio, por favor,—y no murmures de nadie—porque puedo oirlo yo—y verme en el compromiso—de contar lo que pasó.

Clarita, Clarita, Clara,—mira que tu edad voló—y mucho mas te valiera—el ponerte bien con Dios,—para cuando llegue el caso—de que hagas tu confesion—y no decir de tu prójimo—que si tornó... si volvió.

Desde hace algunos dias se encuentra en esta capital el tierno y delicadísimo poeta don Florencio Moreno Godino, al que hemos tenido el gusto de saludar y del que publicaremos en los próximos números de EL TESORO algunas lindísimas composiciones poéticas.

Segun muy claros indicios,
estamos amenazados
de sufrir una epidemia
que llaman el *Aguinaldo*.

Una salida de niño:—
—Niño, no toques á ese perro, que muerde y á ti no te conoce.
—Pues dile que me llamo Arturo.

MÁXIMAS DE DIVERSO CALIBRE.—Si adquirir quieres respeto,—se prudente y se discreto.

Odia como cosa impura—la inhumana y vil usura.

Si no tienes que comer—salte al campo á distraer.

Nunca busques amistad—sino entre la probidad.

Lleva dinero contigo—y tendrás mas de un amigo.

No te arredre la baja—si quieres hallar riqueza.

Quien tiene de todo envidia—él se daña y se fastidia.

Solo al hombre grande creas—cuando sus acciones veas.

No tengas fija opinion—pues será tu perdicion.

Como sepas adular—nunca el pan te ha de faltar.

Busca tu bien por tí mismo—que el mundo es todo egoismo.

Y cómete tú, tu pan—que á eso todos, todos van.

!Todo eso hay!—El amor es la locura del corazón.—(Ronlay Paty.)

El amor es el resumen de la vida.—(Saint Beure.)

El amor es una muger y un hombre que se funden en un ángel.—(Victor Hugo.)

El amor en la muger es toda la existencia.—(Byron.)

El que nunca ha amado no puede ser bueno.

Ojos azules, lánguidos, serenos,
riza, blanda y sedosa cabellera,
fresca boca, tan fresca como el agua
que brota en las entrañas de la sierra.

Menudos dientes que el carmineo lábio
al amoroso sonreír enseña,
suaves mejillas que el color robaron
al jazmin, á la rosa, á la camelia.

Todo esto tiene, y algo mas que omito,
una muger ¿qué digo? una sirena
que se come un *bistek* con mas patatas
que cañamones dan por tres pesetas.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

CASIMIRO.

CHARADAS.

1.º

Pasando por cierta calle
una niña esta mañana,
que por nombre le pusieron
en la pila tertia y cuarta,
vió fijar en una esquina
un papel de grande marca,
que era un primera y segunda,
segun la gente anunciaba.
Enterada del asunto
siguió la niña su marcha,
y entró á poco en una tienda
que cerca de allí se hallaba,
y despues de haber comprado,
á fuer de elegante dama,
un gran bote de mi *todo*,
volvió ligera á su casa.

E. R.

2.º

Segunda y tertia es el nombre
de un celebrado poeta;
y la prima, sin ser célebre,
es muy conocida berza.
Si quieres probar mi *todo*
cúbrete antes la cabeza,
pues p. ligra el que se arrima
con la cara descubierta.

Correspondencia particular de EL TESORO.

Sr. D. J. F. S. y A.—Valencia.—Que-
da V. servido.—Se le envian los núme-
ros que pide.

Sr. D. F. V. G.—Valsequillo.—Entre-
gado el regalo á don M. Z.

Sr. D. J. C.—Puerto de Sta. María.
—Recibida su carta y los trabajos que
envía.

El Administrador.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de El Guadalquivir, Pescadores, 17.